

HERIDAS Y CICATRICES

AUTOR: BRISA

Enemigo que despliega sus alas en la sombra, en la oscuridad. Demonio venenoso impregnando a su paso crueldad sin piedad.

Se hace eco en los medios de comunicación una gran alarma social, bombardeo que no deja de informar noche y día, acaparando de una forma total el protagonismo.

Coronavirus, agitando, arrasando, con su maldita presencia: miedo, muerte, incredibilidad... De la noche a la mañana, aquello que sólo parecía un rumor lejano, controlado e incluso pasajero, se apodera, nos somete, nos acapara y nos rompe los esquemas y nos limita la libertad, recortando cielos abiertos. Los sentimientos se alzan ante nuestros ojos, se dejan llevar como testigos obligados a buscar la fórmula. Aprendizaje lleno de jirones de tristeza que rompían en mil pedazos.

Confinamiento, duro y riguroso, que se acomodaba en el cuadrilátero de lo obligado. Prisioneros en potencia, remolinos que abarcan en un presente totalmente desconocido, salpicando con su poder maldito, convirtiéndose en PANDEMIA, extendiendo sus tentáculos. ¿Quién nos lo iba a decir?

Pensamientos conectados, fuerza que nace y se vincula a luchar con todos los medios, un río desbordado de noticias y cruda realidad. Nos supera, nos frena, nos presenta la cara y la cruz. La unión y la fuerza, elementos que combaten, que se rebelan y ciñen al estado de alarma.

Buscar la brisa suave para dejarse acariciar. Los elementos que germinan piel adentro, punto cardinal de intuición de lucha y esfuerzo colectivo. Un ritual interno que forman parte de un apartado privado que no admite confesiones, que se acuna en soledad. Necesita robar las alas, la esperanza en medio de un radical cambio en un laberinto desconocido, no nos queda otra... Es tan fácil como difícil, debemos vestirnos de confianza, de unión y de voluntad. Lágrimas y desafíos convertidos en metas, en constancia, dar a esta situación tan espinosa y complicada toda la energía, espíritu y fuerza que necesita.

El ser humano es la prueba. Es tan fuerte, tan capaz de romper cadenas, capaz de unirse y formar una columna vertebral para que no exista dificultad que no sea capaz de derribar, de combatir, sacando a flote lo mejor de nosotros mismos. Salen a la luz heridas y penas conjuntas.

Desgraciadamente nuestros mayores se convierten en “carne de cañón”, son los más vulnerables, víctimas de este verdugo llamado Coronavirus, marcando en sus vidas su injusta realidad, negando sus merecidos derechos. Impotencia y soledad en un ocaso gris en el destino más inesperado. Nuestros mayores, a pesar de todas sus privaciones, entrega y sacrificio, jamás en sus peores sueños imaginaron algo igual, en un corazón conjunto que siente todo este mal.

Víctimas que gritan de extremo a extremo. Junto a la noche que envuelve con su oscuro manto tierra y espacio, extendido en un vacío roto por las circunstancias que van anidando en los corazones sin tregua, sin compasión. En la paz y el silencio de los cipreses dormidos, elevándose en

un firmamento estrellado. No se olvidan, víctimas atrapadas en un cruel desenlace. Convertidos sin pretenderlo en golondrinas mensajeras de un desierto que germina y florece con lágrimas que riegan la tierra.

Necesitamos construir puentes, sobreponernos, aprender de esta lección, sentirnos orgullosos por la máxima respuesta, valorar, reconocer, no dejar de creer en el ser humano, rendir honores, sanar y curar. La realidad deja secuelas, se camufla, sentimientos encontrados, voces sonoras que confunden y mutilan. Son heridas que se van marcando en un silencio adulterado de mentiras y verdades a medias, intereses creados, compra-venta de los más nobles sentimientos.

Agarrarse, revestirse de fortaleza, en definitiva, romper las cadenas de la impotencia, es necesario, es fundamental demostrar no solo con palabras, dejar lo auténtico de los acontecimientos, no permitir que se apague la llama, que caiga en el olvido. El esfuerzo común y desinteresado, la confianza de que se puede, se pudo y se podrá.

No es fantasía, no es quimera, son metas logradas, es la fuerza que merece la pena, es la riqueza de los pueblos, las ciudades, las naciones... Que nos sirva de ejemplo, que podamos sembrar valores y mantenerlos. No caer en la rutina de costumbres, no encerrarnos en nosotros mismos, egoísmos no dan solución. Agradecer es de bien nacidos en momentos cruciales.

No olvidemos ese clamor, no entiendo que se evapore, que muera como un fósforo encendido.

¿Dónde los aplausos a esos héroes?

¿Dónde los anónimos?

¿Dónde los que dieron sus vidas?

¿Dónde quedó su ayuda imprescindible, necesaria y vital? ¿Dónde?

¿Dónde la enseñanza que nos aporta la experiencia de este virus?

¿Dónde queda el ser humano?

El ser humano, el que derriba todos los obstáculos, el que hace historia, el que da su vida, arriesga y gana la batalla, no tiene miedo, sólo ama y vence, el orgullo que se siente. Agrandar un corazón que se funde y esparce allí donde quiere estar, uniéndonos a todos, sembrando la semilla con una tenaz voluntad, sacando a flote la luz que existe, rescatando todo el manantial que el ser humano es capaz.

¡No olvidemos por Dios! ¡No olvidemos!

Gracias a ese AMOR con mayúsculas que deja ríos de tintas, reflexiones mediocres, sencillas e inmensas. Para mí lo más importante es la entrega total de tantos héroes, que gracias a todos, a tantísimos, en mayor y en menor medida, aportaron y aportan su ayuda, sus conocimientos ¡ Que viva la humanidad y sus valores!